ARQUIDIÓCESIS DE GUAYAQUIL

MISION PASTORAL

Deseo compartir con ustedes, queridos hermanos, a la luz de la Palabra de Dios, del Magisterio y de la Tradición apostólica de la Iglesia, una breve reflexión en torno a la misión pastoral que el Señor nos ha encomendado.

Jesús resucitado, con su cuerpo ya glorificado y lleno de toda e indiscutible autoridad, antes de confiar a Pedro el pastoreo de sus ovejas, le pregunta por tres ocasiones si lo ama; y, solo después de escuchar su sí incondicional, le encomienda ***la misión de apacentar***. (Cfr. Jn 21, 15-17)

San Juan pone de relieve la relación muy estrecha entre el amor a Cristo y el cuidado a las ovejas. Así queda muy claro que la ***misión pastoral*** debe basarse ***en el amor a Cristo*** y no en el dinero, en el prestigio o en el privilegio; como también, que las ovejas ***no son del pastor***, sino de Jesús y que deben ser tratadas con su mismo amor.

El amor a Jesús y el cuidado de sus ovejas, por su parte, nos comprometen a mantener una inquebrantable fidelidad a su Palabra y a buscar, por todos los medios, la unidad del pueblo de Dios***. La misión pastoral*** confiada por Jesús, primero a Pedro y sus sucesores, y luego a todos los pastores, por tanto, se sustenta, de una manera especial, en la caridad, la fidelidad y la unidad.

1. Caridad

¨Quien no ama no ha conocido a Dios, porque Dios es amor"
-"Deus caritas est". (1 Jn 4, 8)

Luego de ser bautizado Jesús en el Jordán, una voz del cielo le presenta diciendo*: "Este es mi Hijo amado, en quien me complazco"* (Mt 3, 17). Esta misma voz, dirigiéndose a sus apóstoles, resuena en el Tabor con estas palabras: *"Este es mi hijo amado, escúchenlo*" (Mc 9, 7; Mt 17, 5). Jesús es el hijo amado del Padre, en quien se complace y a quien hay que escucharle.

El amor del Padre al Hijo es eterno; y si el Padre nos ama en su Hijo, su amor por cada uno de nosotros es también desde siempre y para siempre. **¿Habrá mayor gratitud y regocijo que sabernos y sentirnos amados por el Padre en el Hijo y el Espíritu Santo desde toda la eternidad?** No entender este don y tratar de fracturar con nuestra conducta la caridad, es romper la eternidad misma.

La iniciativa de amar viene de Dios, tanto que san Juan, maravillado, afirma: *"En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó primero y nos envió a su Hijo… Queridos, si Dios así nos ha amado de esta manera, también nosotros debemos amarnos unos a otros".* (1Jn 4, 10-11).

Igualmente, lo que le mueve al Padre para enviar a su Hijo es su amor entrañable: *"Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna. Porque Dios no ha enviado a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él".* (Jn 3, 16-17).

Jesús revela a sus discípulos la raíz o fuente de su amor hacia ellos: *"Como el Padre me amó, así también yo les he amado a ustedes, permanezcan en mi amor"* (Jn 15, 9). Luego, poniéndose como modelo de amor, les dice: "*Les doy un mandamiento nuevo: que se amen los unos a los otros, como yo les he amado"*; más aún, de un modo contundente, afirma: *"en esto conocerán todos que son mis discípulos: si se tienen amor los unos a los otros".* (Jn 13, 34-35). **El amor fraterno se convierte en el distintivo esencial e inequívoco de los discípulos de Jesús, en la mayor de las virtudes que nunca pasa; tanto que la fe sin las obras de caridad, de nada sirve o está muerta.** (Cfr. St. 2, 17)

El amor de Cristo, en la vida concreta, se traduce en el amor a la Iglesia, a los pastores (sacerdotes, obispos y Papa), a los pobres, a los enemigos y a la naturaleza; un amor que luego se expresa de muchas y diversas formas, según los estados de vida o vocaciones específicas a las que hemos sido invitados.

La caridad es también el criterio fundamental para afrontar y resolver las tensiones e incluso los conflictos que puedan darse por nuestra fragilidad humana. *"¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿La tribulación?, ¿la angustia?, ¿la persecución?, ¿la desnudez?, ¿los peligros?, ¿la espada?... Pero en todo esto salimos más que vencedores gracias a aquel que nos amó".* (Rm 8, 35. 37)

El amor a la Iglesia, por su parte, no significa ocultar o dejar de lado la fragilidad o el pecado de sus miembros; todo lo contrario, es necesario reconocer sus sombras y errores, sabiendo eso sí que hay más luz que obscuridad, gracia que pecado, santidad que miseria, generosidad que mezquindad, bondad que maldad. Esta es la razón por la que nunca dejamos de amar a Pedro porque negó al Señor, ni a Santiago, patrono de nuestra ciudad, y a Juan que pretendieron sentarse en los principales puestos en el Reino del Señor, como tampoco cuestionamos a Pablo por haber perseguido a los cristianos ni distanciarse de Marcos.

En el canon romano, no obstante nuestras limitaciones y pecados, decimos: "admítenos en la asamblea de los santos apóstoles y mártires: Juan el Bautista, Esteban, Matías y Bernabé". ¿Criticamos a Bernabé por haberse distanciado de Pablo sobre el tema de Marcos? Ni Pablo ni Bernabé cuestionaron a Pedro como cabeza de la Iglesia.

La Iglesia es nuestra madre; y si se enferma, hay que curarla con amor, dedicación y perseverancia. Si nos ponemos en este plano, podremos descubrir la gracia de Dios incluso en las situaciones más dramáticas y hasta trágicas de la vida de la Iglesia.

San Francisco de Asís, en un ambiente religioso contestatario a la autoridad del Papa, de los obispos y de los sacerdotes, ***amó entrañablemente a la Iglesia*** y prometió obediencia y reverencia "*al señor papa Honorio y a sus sucesores canónicamente elegidos y a la Iglesia romana"* (II Regla, 1). *"Francisco, repara mi Iglesia, que amenaza ruina",* le escuchó a Cristo en San Damián y se comprometió a restaurarla desde dentro, sin alejarse lanzando vituperios contra ella.

La Iglesia –pueblo de Dios, Cuerpo místico de Cristo, Templo del Espíritu Santo, familia de Dios-, ha sido enviada para ser "sacramento" del amor de Cristo en el mundo familiar y social: un "signo" visible y creíble e "instrumento" de salvación.

Para ello, se esfuerza por ser una Iglesia encarnada en la vida cotidiana, una Iglesia en camino (sinodal), una Iglesia ministerial o servidora, una Iglesia solidaria, particularmente con las víctimas de las injusticias, una Iglesia de puertas abiertas que acoge, escucha y acompaña con misericordia, verdad y justicia, una Iglesia misionera que va hacia a las periferias existenciales para anunciar el Evangelio de Jesucristo.

2. Fidelidad

La fidelidad es hija de la caridad:
"Quien ama, es fiel a la persona amada".

San Pablo, en su carta a Timoteo, nos recuerda que *"si nos mantenemos firmes, también reinaremos con él; si le negamos, también él nos negará; si somos infieles, él permanece fiel, pues no puede negarse a sí mismo"* (2Tim 2, 12-13). Dios es fiel porque nos ama de una manera inconmensurable.

En la Iglesia, la fidelidad se relaciona, particularmente, con tres fuentes inseparables: la Palabra de Dios, el Magisterio y la Tradición apostólica. Sin la fidelidad a ellas, perdemos credibilidad ante nosotros mismos y los que nos rodean.

La Sagrada escritura es la fuente principal de sabiduría para nuestra vida personal, familiar y social; es la luz que ilumina todo lo que pensamos, sentimos, deseamos, hagamos o digamos.

La Palabra eterna de Dios, por la que todo se hizo (cfr. Jn 1, 1-3), tiene un rostro, un nombre, una historia, una vida concreta: Jesucristo. *"La Palabra se hizo carne, y puso su Morada entre nosotros"* (Jn 1,14). El autor de la carta a los Hebreos lo corrobora: *"Muchas veces y de muchas maneras habló Dios en el pasado a nuestros padres por medio de los Profetas. En estos últimos tiempos nos ha hablado por medio del Hijo a quien instituyó heredero de todo…".* (Hb 1, 1-2)

Jesucristo, el Mesías o Ungido, es el rostro visible del Padre, el Profeta, el Maestro, el Sacerdote, el Pastor, el Salvador, el Señor de nuestra vida, entre otros títulos cristológicos. Por eso, a Cristo le adoramos en el sagrario, le anunciamos en la

catequesis y homilías, le celebramos en la liturgia y le servimos en los que sufren: tuve hambre, tuve sed, estuve preso… (cfr. Mt 25, 35 ss)

La fidelidad a la Palabra de Dios nos conduce a la fidelidad al Magisterio y a la Tradición apostólica. De una manera análoga, así como las tres personas de la Santísima Trinidad son iguales en dignidad y distintas en su identidad, la Palabra de Dios, el Magisterio y la Tradición apostólica de la Iglesia gozan de una misma dignidad.

El Magisterio de la Iglesia, sin embargo, es el que ha definido las verdades de fe y los principios morales, como también ha señalado el canon o número de libros que conforman la Sagrada Escritura y su auténtica interpretación. De este modo, la enseñanza de los concilios y de los Papas se constituye en la máxima autoridad en materia de fe y costumbres en la Iglesia Cristiana Católica.

Los concilios que se han celebrado a largo de la historia tenían como objetivo principal clarificar y definir las verdades de fe y los principios morales. La definición, por su parte, siempre ha estado precedida por una discusión larga, argumentada y hasta controvertida. En ella participaron laicos, religiosos, presbíteros y obispos. Pero la verdad de fe una vez definida por la autoridad, se convierte en dogma y, en consecuencia, cesan todas las discusiones. Este mismo procedimiento se observa en las causas de beatificación y canonización de los santos.

Siguiendo esta práctica, en el campo litúrgico, el Magisterio ha incorporado cambios significativos, como la participación de los neo-catecúmenos en la celebración eucarística, la procesión de entrada para la Eucaristía dentro del templo, la confesión en privado, la recitación del Gloria en las eucaristías dominicales. ¿Qué habría pasado cuando el Papa San Símaco (498-514) generalizó el Gloria para toda las celebraciones dominicales, si alguien se hubiera opuesto o cuestionado?

El Concilio Vaticano II, celebrado hace más de 50 años (1962-1965), está vigente y sigue orientando la vida y la misión de la Iglesia cristiana católica en todo el mundo. De aquí la necesidad de conocerlo y ponerlo en práctica; de redescubrir las grandes inspiraciones del Espíritu Santo presentes en las 4 constituciones sobre la Revelación (Dei Verbum -Palabra de Dios), la Iglesia (Lumen Gentiun –Cristo -luz de los pueblos), la liturgia (Sacrosanctum Concilium -Sagrado Concilio) y la misión pastoral de Iglesia en el mundo (Gaudium et spes -gozos y esperanzas), como también en los 9 Decretos y en las 3 Declaraciones. Siguiendo los debidos procesos, el Señor nos ha concedido la gracia de la canonización de tres Papas: San Juan XXIII, San Juan Pablo II y San Paulo VI que participaron en el Concilio Vaticano II.

Los diáconos, presbíteros y obispos, en el día de la ordenación, por su parte, prometemos obediencia al Magisterio de la Iglesia en las manos del obispo ordenante. Este compromiso, asumido pública y solemnemente, lo manifestamos, de una manera especial, en la predicación de la Palabra de Dios, en la enseñanza de la doctrina, en la celebración de los sacramentos y en el servicio al pueblo de Dios. Esta

obediencia, además, la ratificamos cuando el Papa confía una Diócesis a un obispo o el obispo encarga una parroquia o un oficio de gran responsabilidad eclesial a un presbítero o diácono.

La fidelidad a la Palabra de Dios, al Magisterio (de los Concilios y de los Papas) y a la Tradición apostólica configuran nuestra identidad como Iglesia cristiana católica; Identidad que nos permite dialogar con creyentes y no creyentes y a comprometernos en las grandes causas comunes, como la dignidad de todas las personas, la paz, la libertad, la verdad y la justicia.

3. Unidad

Jesús, en su oración sacerdotal, pide a su Padre: *"No ruego sólo por estos, sino también por aquellos que, por medio de su palabra, creerán en mí, para que todos sean uno. Como tú, Padre, en mí, y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado". (Jn 17, 20)*

La unidad no se identifica con la "uniformidad" (una sola forma de pensar, de sentir u obrar). La unidad se opone a la división, al enfrentamiento, a la rivalidad, a la enemistad o a la descalificación. En el lenguaje cristiano, por tanto, no tiene cabida la clasificación de grupos o personas en justos y pecadores, tradicionalistas y modernistas, conservadores y progresistas, ni mucho menos, amigos y enemigos.

Unidad y diversidad

El concepto de unidad se relaciona con el de diversidad. San Pablo nos ilustra de esta manera: *"Hay diversidad de carismas, pero un mismo Espíritu; diversidad de ministerios, pero un mismo Señor; diversidad de actuaciones, pero un mismo Dios que obra todo en todos".* (1Co 12, 4-6). Luego, prosigue*: "Pues del mismo modo que el cuerpo es uno, aunque tiene muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo, no obstante su pluralidad, no forman más que un solo cuerpo, así también Cristo. Porque en un solo Espíritu hemos sido todos bautizados, para no formar más que un solo cuerpo, judíos y griegos, esclavos y libres. Y todos hemos venido de un mismo Espíritu*". *(*1Co 12, 12-13)

Este principio de unidad y diversidad se aplica también a las vocaciones que existen en la Iglesia: obispos, presbíteros y diáconos (ministerios ordenados), vida religiosa, Institutos y Sociedades apostólicas – masculinos y femeninos- (benedictinos, agustinos, franciscanos, dominicos, mercedarios, jesuitas, redentoristas, salesianos, entre muchos otros,), y vida laical (matrimonio, institutos seculares y laicos consagrados…).

Los dones jerárquicos (ministerios ordenados) y los carismáticos (de la vida religiosa y de la vida laical) tienen el mismo origen y una finalidad común. El origen: el Espíritu Santo; la finalidad: el bien de la Iglesia. Además, los dones son coesenciales en la vida de la Iglesia; y, por consiguiente, necesarios e insustituibles.

La unidad y la diversidad, entonces, dependen del Espíritu Santo y también de cada uno de nosotros en la medida en que somos capaces de reconocer, valorar y respetar la riqueza de carismas, ministerios y operaciones. Si no tenemos en cuenta esta relación, corremos el riesgo de querer uniformar o de separar todo. Los que pretenden uniformar, se esfuerzan para que todos piensen, sientan y obren de una sola forma; creen que su manera de vivir es la única y rechazan las otras. Los que piensan que cada carisma es independiente y que nada tiene que ver con la Iglesia o que unos carismas son más importantes que otros, fomentan las rivalidades, las oposiciones y hasta las luchas internas.

Lo esencial y lo secundario

A San Agustín, uno de los genios de la Iglesia, se le atribuye una frase que nos ayuda a distinguir entre lo esencial de la vida y lo secundario o dudoso: "En lo esencial unidad, en lo dudoso libertad, en todo caridad". (In necessariis unitas, in dubiis libertas, in omnibus caritas).

Este principio nos permite distinguir entre lo esencial y lo secundario. Lo esencial es permanente; y lo secundario, cambiante. Lo esencial en la vida cristiana, por ejemplo, es la fe en Jesucristo, la celebración de los sacramentos y la obediencia al Magisterio (concilios y enseñanzas del Papa) y a la Tradición apostólica. Lo secundario, sin perder su relevancia, se refiere a los medios, métodos y formas de obrar, que deben *adecuarse* o responder a las realidades concretas de cada persona o grupo, en su respectivo tiempo y lugar.

En la Eucaristía, lo esencial es la presencia real de Jesucristo *como sacrificio* o entrega al Padre y *como comunión* o entrega a la comunidad (banquete eucarístico). Sacrificio (altar) y banquete eucarístico (mesa) son inseparables. Lo secundario, sin dejar de ser importante, son las oraciones, las lecturas, los cantos (según los tiempos litúrgicos y las ocasiones particulares: bautismo, matrimonio, funeral, confirmación, bendiciones), como también los modos de recibir la comunión (de pie o de rodillas, en la mano o en la lengua, respetando la libertad de los fieles). A lo largo de la historia, las formas de celebrar han cambiado pero sin alterar lo esencial por ningún motivo. En las Iglesias católicas orientales, el rito es diferente al nuestro, pero lo esencial es invariable.

La Congregación para el Culto divino y la disciplina de los sacramentos, en comunión con las Conferencias episcopales, sin embargo, para evitar los abusos, por omisión o exageración, nos ofrece una normativa litúrgica clara y precisa, como el uso de Misales en la celebración ordinaria de la Eucaristía. Para la celebración extraordinaria, en los ritos reconocidos por la Iglesia, se debe observar cuidadosamente lo que establece el Magisterio de la Iglesia. **Sin un discernimiento profundo, se corre el peligro de transformar lo esencial en secundario y lo secundario en esencial.**

ARQUIDIÓCESIS DE GUAYAQUIL

Signo de unidad

En un mundo dividido y enfrentado, por razones políticas, económicas, culturales y hasta religiosas, la unidad, tal como Cristo pidió a su Padre, ***es un signo de madurez cristiana y una exigencia para que el mundo crea en el mensaje de Cristo***. La unidad con los Pastores, particularmente con el Papa y el obispo de la Iglesia local es de suma importancia para la vida de la Iglesia cristiana católica y es lo que nos diferencia de otras confesiones cristianas.

Cristo confía a Pedro la misión de la unidad cuando le dice: *"… tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no podrán vencerla".* (Mt 16, 18). Jesús no quiere un grupo de creyentes aislados, como "ovejas sin Pastor". Por ello, asigna a Pedro la tarea de ser la *roca firme* de la Iglesia, en la que miles de millones de cristianos católicos se han sostenido por más de 2.000 años. Simón Pedro pasa a ocupar el primer lugar entre los apóstoles**. (C**f. Mc 3, 16-19; Lc 6, 14-16).

En San Lucas 22, 31-32, Jesús esclarece la misión de Pedro: "confirmar en la fe" a los demás apóstoles; y en San Juan 21, 15-19: la de "apacentar" a su pueblo, como el Buen Pastor**. Apacentar es una tarea tan importante como atar y desatar, confirmar en la fe o ser la cabeza de la Institución**. ¿Necesitaba el Señor insistir tanto hasta entristecer a Pedro? ¿No sabía acaso cómo había llorado y que luego pediría ser crucificado con su cabeza hacia abajo?

Los sucesores legítimos de Pedro han conservado ***la unidad*** de la Iglesia en las distintas épocas de la historia, incluso en las más conflictivas. Si nos apartamos del Magisterio y de la comunión con el legítimo sucesor de Pedro, corremos el riesgo de romper la unidad esencial y de provocar cismas o divisiones e incluso de caer en herejías, que tanto daño han hecho a la Iglesia. ¿Qué ha pasado con muchos piadosos hombres que cuestionaron y renegaron las enseñanzas de la Iglesia y la autoridad del Papa? ¿Cómo terminaron?

La caridad, la fidelidad y la unidad, por consiguiente, son los criterios fundamentales para que, como Iglesia cristiana católica, cumplamos la ***misión pastoral*** de anunciar el Evangelio, con la vida y la palabra, a todos los pueblos, de tal modo "que crean que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo tengan vida en su nombre". (Jn 20, 31)

Que María, madre del Amor eterno y de la Iglesia, madre de la fidelidad inquebrantable y de la unidad a toda prueba, nos acompañe en la ***misión pastoral*** confiada por Jesucristo, primero a Pedro y sus sucesores y luego a todos los Pastores de la Iglesia.

Guayaquil, 6 de marzo de 2019

+ Luis Cabrera Herrera, ofm
Arzobispo de Guayaquil